

VIII

Una cálida y pesada tarde de julio, Cristián, que había faltado á la escuela y paseado durante todo el día, se detuvo en el muelle de Jemmapes, en la orilla del canal de San Martín. Era ese momento de calma y de lasitud en que el sol poniente envuelve todas las cosas de un polvo de oro. Con ese instinto de los viajes y ese gusto por todo lo lejano que se despierta rápidamente en la imaginación de los niños, Cristián estaba contemplando un pesado lanchón de grueso vientre que había llegado, sin duda, de Flandes muy lentamente y haciendo escalas en todas las esclusas, y que estaba amarrado en la otra orilla del canal. El puente estaba desierto; solamente se veía en él un perro blanco de orejas puntiagudas. La puerta de la cámara en que se alojaban los marineros y cuya chimenea echaba humo,

estaba adornada de capuchinas trepadoras. El lanchón, muy limpio, recientemente pintado de amarillo y rojo de la roda al codaste y bañado por la viva claridad que relucía en sus bandas embreadas, tenía un aspecto atrayente y hospitalario. El pequeño Cristián pensaba confusamente en su imaginación infantil que se debía estar muy bien en aquel hermoso barco y se veía ya embarcado en él como grumete, amado por el perro de á bordo y marchándose por el agua dormida de los canales, allá, lejos, muy lejos de todo lo que le hacía sufrir, á cualquier parte.

« ¿Qué tal?... bonito barco ¿eh? dijo de pronto una voz débil muy cerca de él.

Cristián se volvió y vió un muchachuelo como de diez años, cuyo detalle característico era estar vestido con una americana de hombre, muy larga y muy ancha para él, que le llegaba hasta los tobillos y cuyas mangas estaban remangadas para permitir el uso de las manos. Pero á pesar de su atavío descuidado, de su pelo amarillento y desordenado y de su tez color de cardenillo, el chico tenía una expresión tan valerosa y alegre con sus ojos vivos y su naricilla respingada, que agradó desde luego á Cristián.

« También á ti te gusta ver pasar los barcos, según veo, añadió el chicuelo de la gigantesca

americana. ¿Cómo te llamas?... Yo me llamo Anatolio. »

Aunque aquella presentación no estuviese muy conforme con las reglas de la etiqueta británica, Cristián, á quien esto no llamó la atención, dijo su nombre.

« ¡Vaya un nombre!... Cristián... No he conocido á nadie que se llame así... Apuesto á que vives con tu familia... Eso se ve... Llevas buenos zapatos... »

Y después de probar de este modo su instinto de observación, Anatolio se puso á silbar una canción que los cafés-concierto habían puesto entonces en moda. En seguida añadió:

« Ven conmigo hasta la esclusa... Me parece que la van á abrir... Verás qué divertido es ver la cascada. »

Cristián le siguió. Aquel pequeño bohemio ejercía sobre él un atractivo singular y después de haber admirado juntos el salto de agua los dos muchachos eran ya amigos. Pronto se animó entre ellos la charla, de modo que Anatolio supo en seguida que Cristián había hecho novillos y que no tenía prisa ninguna por volver á su casa, donde le esperaba una buena zurra.

« Conozco el caso, murmuró el precoz filósofo. En tu casa es tu padre el que pega... En la mía

mi madrastra... ¡Es más mala que la quina ! ¡Cuántas veces he cenado algunos pares de cachetes !... Pero hoy hace ocho días que no parezco... Y no es la primera vez...

— ¿ No has vuelto ?... exclamó Cristián con un asombro en el que había algo de admiración. ¿ Cómo te las has arreglado ?...

— ¡ Bah ! respondió Anatolio, encogiéndose de hombros con expresión de descuido; se busca uno la vida y la encuentra... No hay más que tener ojo con los polizontes... Se abren las portezuelas, se va á buscar un simón para algún señorito á la salida de los teatros... Y después, por la mañana, en el mercado, se ayuda á descargar las verduras... Lo más difícil es encontrar un rincón para dormir, es cierto... Pero yo conozco algunos derribos... Solamente, hay que evitar que le *guipen* á uno los guardias.

— ¿ Y has vivido ya de ese modo ? ¿ Varias veces ? preguntó Cristián anheloso de emoción.

— Pues claro...

— Pero te han cogido muchas veces, según dices... Te han llevado á casa de tus padres... Y allí...

— Allí me han obsequiado con unas cuantas palizas... ¡ Oh ! No es divertida mi casa... ¡ Siempre golpes !... Papá se achispa y la ma'dita

de su mujer me odia y, por nada, echa mano á la escoba... Claro está; para no estar siempre llevando coscorriones, vuelvo á mis paseos de *golfo*... ¡ Mirá, chico ! no se está bien más que en la calle. »

En aquel momento dieron las seis en un reloj próximo y Cristián se estremeció. Su padre iba á volver á casa, no encontraría la comida preparada y tendría una rabieta. El muchacho veía ya levantarse contra él el terrible puño y le acometía una tentación irresistible de « no parecer más, » como decía aquel chico tan holgadamente vestido; de vivir también á la casualidad; de ser libre. Pero no se atrevía á lanzarse solo á semejante aventura. ¡ Ah ! si aquel Anatolio, tan intrépido bajo sus pingajos y tan lleno de valor y de experiencia; si aquel Anatolio, que le parecía un héroe, quisiera aceptarle por compañero...

« Y dime, preguntó Cristián, á quien aún contenía un resto de prudencia; ¿ dónde vas á dormir esta noche ?

— En un barco de carbón, cerca del puente de la Tournelle... No hay nadie en él por la noche y tiene unas lonas embreadas con las que se abriga uno... El diablo es que hay que levantarse con el alba, porque los carboneros llegan temprano... y hace fresquillo en el canal... Pero se sacude

uno y se larga al mercado, á esperar á los hortelanos. El barco no estará descargado antes de tres días y tengo mi habitación asegurada por ese tiempo, como si llevase en el bolsillo la llave del hotel... Y, lo que es más, tengo para comer, añadió Anatolio haciendo sonar veinte céntimos en la mano. Pan y queso, aquí tienes la lista de la comida... Te convido, si quieres... Así como así, estoy adivinando que tú también estás harto de los coscorriones paternos y que te es ás muriendo de ganas de hacer una bordada... »

Cristián, fascinado, abrió desmesuradamente los ojos.

« ¿ Es verdad ? ¿ Quieres llevarme ?

— ¡ Pardiez ! »

Aquella tarde, al volver del trabajo, Próspero no encontró al muchacho en casa.

« ¡ Ah ! maldito espantajo... gruñía, mientras se preparaba él mismo la comida. Tú me las pagarás, no tengas cuidado. »

Pasó una hora, y dos, y nadie vino.

« Peor para él... Dormirá en la calle, » pensó el carpintero que, muy cansado, se metió en la cama y pasó la noche en un sueño.

Pero por la mañana se sintió, sin embargo, acometido de inquietud, y bajó á preguntar á la portera, en cuyo chiribitil se reunieron pronto

los vecinos para comentar la noticia de la desaparición del muchacho.

« ¡ Un mal carácter, un hipócrita, un perezoso, del que no puedo hacer carrera! exclamaba el obrero. Y ahora da en la gracia de no volver á casa...

— Puede que le haya sucedido alguna desgracia, dijo una mujer de aspecto triste y mirada bondadosa, que llevaba en brazos una criatura enfermiza.

— ¡ Quia! dijo Próspero. Estoy seguro de que se ha marchado á vaguear... Falta á la escuela muy frecuentemente.

— Sin embargo, señor Aubry, contestó la mujer. ¡ Ese pobre niño! Tenía con frecuencia los ojos encarnados... Bien sé yo que los chicos son traviosos... Pero acaso tenga usted la mano demasiado dura...

El carpintero se puso rojo de cólera.

« Diga usted ya que es un mártir que huye de mí y al que yo he arrojado de mi casa .. ¡ Ah! ¡ Qué injusto es el mundo! Pues bien, han de saber ustedes que mi difunta y yo no estábamos casados y que ese chiquillo que tanto les interesa es hijo de no sé quién y sólo le he tenido conmigo por bondad... ¡ Esto es lo que saco por haber sido bueno! »

Y cuando Próspero salió para ir á declarar la fuga del muchacho al comisario de policía, todas las comadres se quedaron admirando á aquel pobre hombre cuya buena acción estaba tan mal recompensada.

Durante una semana no hubo noticias de Cristián, el cual estaba, sencillamente, convertido en un vagabundo.

Al principio, fuerza es decirlo, la cosa le pareció encantadora. Hay en el niño algo de salvaje, que le hace encontrar natural el vivir de sus cacerías y el dormir al aire libre. Las noches eran templadas en aquel espléndido verano y los chicos dormían bien en el barco de carbón, envueltos en una lona. Tenían siempre algunos céntimos para almorzar patatas fritas y comer frutas compradas á los vendedores ambulantes, para lo cual bastaba merodear por la noche en las inmediaciones de las fondas, de los teatros y de los bailes públicos, pues es sabido que las gentes que se divierten dan fácilmente propinas y limosnas. Anatolio que conocía París como un guarda de caza conoce el monte, sabía los sitios en que podía pescar una moneda de diez céntimos. Y durante el día, cosa deliciosa, se paseaban. Iban al jardín botánico á ver los animales y seguían la orilla del río, contemplando los vaporcillos públicos y viendo

bañar los caballos que se encabritan en un polvo de plata. Dormían en los solares, encima de la hierba. Anatolio no tenía igual para empujar con el hombro las tablas mal juntas de las empalizadas. Por otra parte el miedo de ser cogidos era lo más divertido. Burlar á los polizontes, á los guiris, á los guindillas, porque Anatolio tenía todo un rosario de palabras despreciativas é insultantes para designarlos, era para nuestros dos muchachos el más delicioso de los juegos. Pero pronto vinieron los malos ratos. Estalló una gran tempestad y tuvieron que estarse durante tres horas bajo un arco de un puente. El dinero llegó á estar escaso y en cierta ocasión no pudieron cenar más que un puñado de ciruelas pasas que Anatolio *afanó* en la puerta de una tienda de comestibles. Pero ¿ qué importaba? Vivían de migajas, pero libremente, como los ratones. El navío simbólico que París ostenta en su escudo tiene la cala llena de estos roedores.

Sin embargo al cabo de quince días todo se echó á perder. El tiempo se puso malo y llovía mucho y con frecuencia, sobre todo de noche. No hubo ya asilo seguro. El barco descargó el carbón y los muchachos vieron, entristecidos, que su domicilio, enganchado á la cadena del remolcador, tomaba de nuevo la di-

rección de la Borgoña. Y tuvieron que dormir en la cueva, abierta á los cuatro vientos, de una casa en construcción. Los dos vagabundos, mojados, lastimosos, con la cara larga y los ojos cargados, trataron de tender la mano en las terrazas de los cafés de donde los echaban á servilletazos los camareros. El hambre se presentó con todos sus horrores.

« ¡ Bueno ! ¡ Qué ! dijo Anatolio á Cristián, que estaba llorando. ¿ Ya flaqueas?... ¿ Te cansas?... ¿ Qué te detiene? Eres libre; puedes volverte con papá... Tendrás sopas y bofetones... »

Y Cristián le seguía de nuevo, espantado por la idea de presentarse delante de su padre y detenido por un confuso instinto de amor propio, una especie de noble puntillo de honor. Quería á su compañero, á su protector, á aquel Anatolio tan valiente, tan ingenioso para encontrar con qué vivir, y no consentía en abandonarle. Sin embargo, su inteligencia infantil, ya madura por aquella existencia de aventuras y de miseria, se alarmaba vagamente. Le repugnaba mendigar y como Anatolio, en un momento de apuro, robase otra vez unos cuantos higos á un tendero, Cristián dijo sin poderlo remediar y con voz baja y vergonzosa :

« Pero, oye... ¡ Eso está prohibido... y es feo... ¡ Eso es robar !... »

Entonces Anatolio exclamó:

« ¡ Robar ! ¿ Por qué te comes los higos, entonces ? ¡ Robar ! El tendero sí que roba cuando empuja el peso con el dedo ó cuando introduce un pedazo de queso, como por casualidad, debajo del platillo de la balanza... ¡ Nada de eso, ¿ sabes chiquito ? ó saldremos regañando... ¡ Cómo ! ¿ Yo recojo lo que está en el suelo para que tú comas, y me llamas ladrón ?... ¡ Es gracioso ! ¿ Quieres que nos muramos de hambre, majadero !... »

El desgraciado niño ; ay ! sintió desvanecerse sus escrúpulos, tanta era la autoridad que su compañero había tomado sobre él.

Aquella larga novillada se hacía, sin embargo, muy penosa para los dos muchachos. Llovía de continuo. Anatolio con la cabeza desnuda bajo el chaparrón y con la americana de gigante, andaba con paso menos decidido, y Cristián, cuyos zapatos se calaban, cojeaba decididamente. Hacía en este momento siete días y siete noches que vivían errantes, los infelices.

Pero, ¡ poco á poco ! Nada de enternecimientos. Anatolio y Cristián son unos grandes culpables. ¡ Pronto ! ¡ Un código !... Pasar la noche fuera de casa, importunar á un personaje en plena digestión, robar diez céntimos de higos á un honrado comerciante encanecido en el uso de

las pesas falsas, es abominable y la ley no puede consentirlo. Hacer eso se llama ser un vagabundo, un mendigo, un ladrón... En este orden de ideas hay, por supuesto, matices que una sociedad bien dotada de policía distingue fácilmente. Tal explorador, que bajo pretexto de llevar á los negros la buena nueva de Europa, se apodera de su marfil á cambio de unos cuantos botones de pantalón y á fuerza de exacciones y de brutalidades consigue que le hagan pedazos, para dejar como herencia á su país una guerra que cuesta un dineral y en la que miles de soldados mueren como moscas de la fiebre amarilla y del cólera, ese no es un vagabundo, sino un intrépido misionero de la civilización. Tal diputado que desgasta las escaleras de los ministerios para solicitar destinos en favor de una cuadrilla de políticos de café encargados de cantar sus elogios en el distrito, ése no es un mendigo, sino un espíritu práctico que se acomoda á las exigencias del sufragio universal. Tal ministro, acribillado de deudas antes de llegar al poder y que á los dos años de cartera tiene dos millones prudentemente colocados en el Banco de Londres, sin dejar de protestar en la tribuna de su desinterés y de su pureza, ése no es un ladrón, sino un hombre de Estado que no quiere responder á las calumnias

más que con el desdén. Pero esos malhechores de diez años apenas, que duermen en los derribos, que pordiosean el dinero al transeunte y que saquean las puertas de las tiendas, ¡eso es una monstruosidad; un verdadero peligro para el orden público! ¡Á ellos, señores gendarmes! Por fortuna, nuestros legisladores están ahí para protegernos y todos los años votan una partida del presupuesto para sostener los presidios especialmente dedicados á estos precoces criminales...

IX

La sociedad velaba, pues; y los malvados que nos ocupan fueron por último despertados con gran sobresalto, á las cuatro de la madrugada, en la cueva que les cobijaba, y vieron ante ellos la Ley con toda su majestad, bajo la forma de un agente de la policía secreta, al que ni ustedes ni yo hubiéramos querido encontrar en un bosque, y de un guardia de orden público, con su sable al costado y cuyo aliento apestaba á tonel viejo.

Anatolio y Cristián se levantaron de un salto como para escaparse, pero el polizone de aspecto patibulario agarró al primero por un brazo, mientras el guardia tenía sujeto al segundo.

« Cuando yo decía, exclamó el agente de paisano dirigiéndose al uniformado, que íbamos á encontrar aquí esta tropa... »

Y añadió dirigiéndose á los muchachos.